

mentasen alguna emoción, aun sin querer, y no se sintiesen profundamente preocupados por los terribles caprichos del destino. Dos hechos demostraron aquella mezcla tan natural de sentimientos contrarios. Un realista, un diputado, M. de Guilhermy, indignado al ver que se obligaba á todo el mundo á estar con la cabeza cubierta al pasar el rey, arrojó su sombrero entre la multitud, gritando: «Atreveos á traérmelo.» Nadie murmuró y fué respetado su valor ó su fidelidad. A las puertas del palacio se repitieron las mismas escenas. Cinco ó seis mujeres de servicio de la reina querían entrar en las Tullerías para recibirla; los centinelas las detenían, las verduleras los injuriaban gritándoles: «¡Esclavos de la Austriaca!»—«Oid, dijo una de aquellas mujeres, hermana de la señora Campan; estoy de servicio de la reina hace quince años; ella me dotó y me casó; la he servido cuando era feliz y poderosa. En este momento es desgraciada: creéis que debo abandonarla?...»—«Tiene razón, exclamaron las verduleras; no debe abandonar á su señora, hagamos que entre.» Rodearon al centinela, forzaron el paso y la hicieron entrar.

Tal era el pueblo, agitado por dos sentimientos contrarios, la humanidad por una parte, por otra la indignación y la desconfianza (muy fundada como se verá luego). La escena verdaderamente lúgubre del regreso del rey había impresionado vivamente todos los espíritus. Aquella noche, en el seno de las familias, las mujeres estaban afectadas y muchas no quisieron cenar. A la mañana siguiente pasearon al delfín por la terraza: un guardia nacional le tomaba en brazos para que le vieran mejor desde el malecón, y el pobre niño echaba besos al pueblo. Ninguno de los que le vieron dejó de emocionarse. La violencia verdadera ó simulada de los diarios no bastaba para combatir la sensibilidad pública.

Las Revoluciones de París trataban en vano de demostrar que el rey monstruo tenía tan poco corazón, estaba tan poco afectado por su situación, que desde el día siguiente al de su regreso se había puesto á jugar por la noche, como de costumbre, con su hijo. Muchos ardientes patriotas se indignaban contra ellos mismos, al ver que, leyendo la anterior noticia, se llenaban sus ojos de lágrimas.



CAPITULO XV

Indecisión, cambio de actitud de los principales actores políticos
(Junio 91).

Indecisión general.—Alternativas de la reina y de los realistas, de los Jacobinos, de Camilo Desmoulins.—Actitud espectante de Danton, de Robespierre, de Petion, de Brissot.—Influencias diversas que se disputan á Lafayette.—Discusión en casa de Larochehoucauld.—Opinión de Sieyes.—La señora de Lafayette.—Exaltación de las damas realistas.

Ya está el rey en las Tullerías. Comienza el apuro. La mayor parte de la gente creía saber lo que había que hacer, y sin embargo nadie lo sabía.

Parece que cuando las pasiones se hallan tan violentamente agitadas, cada cual debe saber cuál es su propósito, lo que quiere y á lo que aspira. La incertidumbre es grande. La vivacidad de las palabras oculta una gran indecisión de la voluntad. De aquí las resoluciones vagas, poco consecuentes. No debemos apresurarnos á tachar á los actores de doblez sin son discordantes sus movimientos, si vacilan, si se inclinan tan pronto á la derecha como á la izquierda; el barco está en alta mar y sus vaivenes son producidos por la tempestad.

Estas alternativas en las obras y en las palabras es tan general, que las de la misma reina parecen, por un momento, revolucionarias. En cuanto vuelve á ver á la señora Campan en las Tullerías, la habla de Barnave con calor, con emoción; le alaba, ¡le justifica ante su camarera! Acepta, sin reflexionar, en un momento de indiscreta expansión, el principio de la Revolución: «Un sentimiento de orgullo, dice, *que no puedo censurar*, le ha hecho aplaudir todo lo que allanaba el camino de los honores y de la gloria para la clase en que ha nacido. No habrá perdón para los nobles que (después de haber obtenido todos los favores, á menudo con detrimento de los plebeyos de gran mérito) se han afiliado á la Revolución... Pero si alguna vez volvemos á obtener el poder, el perdón de Barnave está de antemano grabado en nuestros corazones.»—El

antiguo régimen está muy enfermo cuando la reina, llevada de un afecto particular, se convierte, sin notarlo, en apologista de la igualdad.

¿Pero es que la reina está convertida? De ningún modo. Se deja llevar en este momento de una pasión, y en otro de una pasión contraria. En el espacio de un mes la vemos cambiar tres veces de manera de pensar, según que la mueven el miedo, el despecho ó la esperanza. Durante el viaje, tiene miedo, se inclina á Barnave, le oye y le cree. En las Tullerías está prisionera, se irrita, llama al extranjero en su auxilio (7 Julio). Después vislumbra un rayo de esperanza, se pone otra vez en manos de Barnave, de los constitucionales y ruega á Leopoldo que no haga nada (30 Julio). Ya volveremos á ocuparnos de todo esto.

Esta variación tan extraña no es exclusiva de la reina. Se observa en todos los personajes históricos que he podido estudiar. Para hacer su historia, habría que remontarnos al héroe común, al modelo de la mayor parte de los directores revolucionarios, á Mirabeau; es el maestro en materia de variaciones. Todas eran naturales para él; en él se habían reunido todos los principios contrarios; la naturaleza había creado un monstruo sublime é inmoral. Noble, aristócrata hasta lo ridículo, el conde experimentaba á ratos sacudidas republicanas de los Riquetti de Marsella y de Florencia. Su curiosa historia de la monarquía, escrita desde un calabozo, es ya implícitamente una apología de la República. Realista, desde el momento en que ha quebrantado la realeza, hace discursos para la reina, lo que no le impide traducir para la Le Jay, su querida y su editor, el libro de Milton, violentamente republicano; sus amigos le obligaron á quemar la edición. Débil para con sus amigos, sus queridas y sus vicios, débil también por la opinión que tenía de los vicios y de la debilidad de la Francia, consideraba la República, no como la mayor edad natural á la que llega todo pueblo adulto, sino como una crisis extrema, un recurso desesperado: «Si no son razonables, dijo, les j... una república.»

Podría escribirse un libro de las conversiones de su fiel discípulo, del pobre Camilo. Al mismo tiempo se nos presenta á favor y en contra de Mirabeau, á favor y en contra de los Lameth: no ha mucho, en el intervalo de dos horas, estrechaba la mano de Lafayette y lloraba por Robespierre. Y no es que le faltasen osadía ni iniciativa. El 89 tuvo una grande y hermosa, el llamamiento á las armas, la de la república. Al primer golpe de vista encontraba la palabra verdad. Después obraba el corazón, débil, mudable, las influencias de los amigos; iba á consultar á los que amaba ó á los que admiraba y sólo conseguía dudar.

No abandona su primer maestro más que para buscar otro. Necesita siempre un oráculo, alguien que le hable desde arriba, que tenga autoridad sobre él. Sin embargo, estos oráculos, estos grandes tácticos en política, á pesar de sus maneras altaneras, le dejaban siempre suspendido entre el *sí* y el *no*. Tenían en cuenta menos la situación general que su interés personal, calculando si era tiempo de avanzar ó de

retroceder, bordeando, expiando las corrientes de la opinión para dejarse llevar por ellas, aparentando dirigir las.

La habilidad que demostraron Danton y Robespierre hablando siempre sin declararse en pro ó en contra de la república es muy notable. La voz atronadora del uno, el dogmatismo del otro, parece que debía comprometerlos. De ninguna manera. Los dos miran atentamente á los Jacobinos, no avanzan más que paso á paso. Había que ver lo que hacía aquella poderosa sociedad; esperar á saber lo que pensarían las sociedades afiliadas de las provincias; si se declaraban precipitadamente en uno ó en otro sentido podían ponerse en contradicción con aquéllas y quedarse solos.

Las habilidades de estas sociedades influían poderosamente sobre la sociedad de París; debían fortificar una ú otra de estas fracciones, la realista constitucional, compuesta principalmente de diputados de la actual Asamblea, ó la fracción independiente, compuesta, según se creía, de los miembros de la Asamblea futura.

La primera fracción imperaba hasta entonces. El 22 de Junio, el cordelero Robert, refiriendo sencillamente á los Jacobinos «que ha asesado un golpe contra la monarquía!... provoca indignación, imprecaciones»: «Somos los amigos de la Constitución... Es una infamia, etc. etcétera»—contesta el club.

El 8 de Julio, como veremos, la sociedad parece que ha cambiado: la fracción independiente se ha impuesto; hace que se acepte la proposición para destituir al rey. ¿Quién ha podido en tan poco tiempo hacer este cambio tan singular? Las maquinaciones de las sociedades de provincia, casi todas contrarias de la monarquía.

¿Y qué hicieron en este intervalo Danton y Robespierre? Se mantuvieron neutrales. Lo más curioso es que Danton hablaba siempre en alta voz y con firmeza, pero era siempre prudente, aun en medio de su audacia. Su voz campanuda producía un efecto extraño, pareciendo siempre que afirmaba. Casi no tuvo una palabra para el cordelero Robert. Respecto al rey, empleaba para salvarle un medio que más adelante le produjo buen resultado para librar á Garat y á otros; para ello le injuriaba, rebajándole, y declarando que estaba muy por debajo de la justicia: «Sería un espectáculo horrible, decía, el que daríamos al universo, si teniendo facultad para escoger entre declarar á un rey criminal ó imbécil, no escogiéramos esto último». Y proponía, no un regente, si no un *consejo de interdicción*. ¿Quién hubiera presidido este consejo más que el duque de Orleans? Esta opinión proclamada con estentórea y terrible voz, era la más apropiada para conciliarlo todo: salvaba la persona de Luis XVI, reservaba al delfín, preparaba al duque de Orleans y no desalentaba lo más mínimo á la República.

Robespierre no se atrevió á tanto. Dando á entender que no bastaba perseguir á los cómplices, que era preciso encontrar *un culpable*, ó dicho de otro modo, que había que procesar al rey, no decía una palabra

respecto al gobierno que se tenía que constituir. La palabra vaga de *república* no le atraía: temía sin duda una república hechura de los comités de la Asamblea, presidida por Lafayette, etc., etc. Por esto se mantenía á la expectativa; su actitud, aunque negativa, era para él un lugar seguro, desde donde estaba á ver venir. El 13 de Julio, cuando muchos escritores y periodistas se habían declarado ya francamente, decía Robespierre á los Jacobinos: «Se me ha acusado de ser republicano, haciéndome con ello mucho honor: no lo soy. Si me hubieran acusado de ser monárquico, me hubiesen deshonrado, pues tampoco lo soy.» Después, jugando el vocablo, traducía *república cosa pública*, y fingía creer que esta palabra no significa ninguna forma de gobierno.

Petion, que era republicano convencido, y que había hecho profesión de la república en el mismo coche de Luis XVI, creía, sin embargo, que no había llegado el momento de decidirse. Un día que varias personas se hallaban reunidas en su casa para saber lo que habría de proponerse respecto al rey, Petion, para excusarse de manifestar su opinión, se puso á tocar el violín.

Brissot, que estaba entre los presentes, se incomodó y le recriminó por aquella fingida indiferencia. Pero él mismo tardaba en avanzar. Todavía el 26 de Junio se contentaba con copiar en su *Patriota* los artículos de los demás diarios, prometiendo dar su opinión más adelante. El 25 se enfada y se irrita contra Lameth, que le acusaba de propagar la república y de haber dirigido correos solicitando las señas de los republicanos. Sin duda trabaja ya, pero no quiere que se trasluzca. El 27 su joven amigo Girey-Dupré, persona de toda su confianza, audaz y entusiasta, pide terminantemente á los Jacobinos «que se procese al rey». Por fin el 1.º de Julio, pide Brissot en su diario la destitución de Luis XVI.

Brissot esperaba á Lafayette; le creía republicano. Había obtenido su promesa de que le ayudaría pecuniariamente y propagaría su diario. Explicaba la unión momentánea de Lafayette á los de Lameth por lo peligroso de la crisis y la necesidad de concentrar todas las fuerzas para defender el orden. Puede que en efecto, Lafayette no estuviese irrevocablemente decidido. Probablemente para decidirle por la monarquía su amigo íntimo Larocheffoucauld convocó en su casa una reunión de diputados y puso sobre el tapete la cuestión de la república. Aquel gran señor había sido antes de la Revolución el amigo, el padre de los filósofos, el centro y el apoyo de todas las sociedades filantrópicas. Había profesado con entusiasmo las ideas del 89; pero el 91 se asustó y hubiera querido retroceder. Hizo discutir solemnemente en su casa la tesis de la república ante aquellos que aun vacilaban, queriendo terminar con un debate contradictorio, el debate interior que agitaba sus espíritus. El realista Dupont de Nemours hizo (como se hace en las controversias teológicas) el *abogado del diablo*, quiero decir, de la república. *El diablo*, como sucede siempre en casos semejantes, fué vencido sin

dificultad, y juzgada imposible la república, fué Francia declarada realista.

En aquella discusión aseguraba Larocheffoucauld que sentía una preferencia natural por la república; era él el primero que, en otro tiempo, había hecho traducir las constituciones de los Estados Unidos. Pero al fin se daba por vencido. Francia era realista, y ella misma lo había dicho en las actas del 89. Esta era también la opinión de la gran autoridad de aquel tiempo, el oráculo Sieyes, al que no dejaba de consultarse en todas las ocasiones solemnes, y que en esta dijo y publicó que el gobierno monárquico era el que daba más libertad al individuo. La libertad, en concepto de Sieyes, la que quería para él y para los otros, era esa libertad pasiva, inerte, egoísta, que entrega al hombre á un epicurismo solitario, la libertad de gozar únicamente, la libertad de no hacer nada, de soñar ó de dormir, como un monje en su celda, ó como un gato sobre una almohada. Para esta libertad se necesitaba una monarquía. ¡Extraña fuerza del egoísmo! El político matemático, que no hablaba más que de calcular toda la acción social, se entregaba, falto de valor, al gobierno monárquico, es decir al capricho de la individualidad y de la naturaleza que nadie puede calcular. Verdad es que esta monarquía era una monarquía especial, un misterio que no entendía nadie. Únicamente Sieyes se daba cuenta de ella; su monarca era una especie de Epicuro, que carecía de toda acción y sólo tenía el poder de elegir. En aquella época, ya había concebido el singular sistema que luego propuso á Bonaparte, y del que éste se burló.

Lafayette, además de Sieyes, además de Larocheffoucauld y de todos los amigos de la misma casta, Lafayette tenía á su lado otro abogado muy poderoso de la monarquía. Nos referimos á la señora de Lafayette, esposa digna, virtuosa, amante, pero peligrosa para su marido por su vehemente devoción al trono. Hija de Noailles, no participaba en lo más mínimo del entusiasmo revolucionario de algunos de sus parientes. Unida estrechamente á los señores de Noailles y de Agen, era de una piedad ardiente, como lo demostró al morir en 1794. Estas señoras visitaban mucho el convento de Miramiones, uno de los principales focos del fanatismo en aquella época. Mujeres amables, apasionadas, poderosas por sus virtudes, rodeaban á Lafayette y le hacían una dulce guerra sorda, que era por ello más terrible. Sobre todo su esposa no le perdonaba que se constituyera en carcelero del rey. Su piadosa resignación no pudo triunfar de este resentimiento, y en Mayo del 91 salió precipitadamente de París y se refugió en Auvernia. (1) Esta brusca partida divirtió mucho á los parisienses y la relacionaban con la de la duquesa de Orleans, quien justamente en aquella misma época, huía igualmente de su marido.

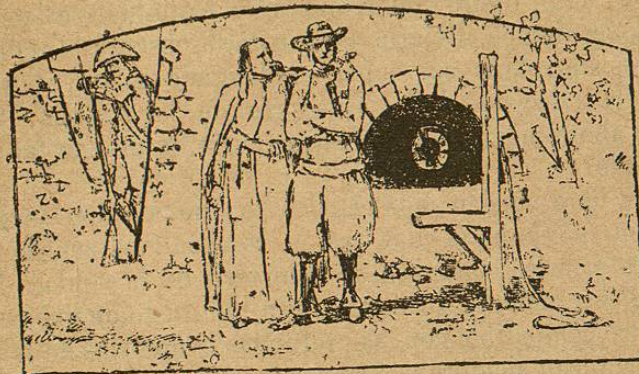
Otra causa la obligaba también á alejarse. Debía estar cansada del

(1) Véanse las cartas de madama Roland á Bancal. Véase también á Lafayette; tomo 3.º, 177.

entusiasmo romántico con que las señoras obsequiaban al héroe de dos mundos. Muchas declaraban francamente que estaban enamoradas de él, que no podían vivir sin su retrato. Era un dios, un salvador. Y á título de tal le rogaban y le suplicaban que salvase á la monarquía. «¡Ah! señor Lafayette, salvad á nuestro pobre rey.» A pesar de lo razonable, de lo flemático, del frío temperamento americano que aparentaba el rubio general, era excesivamente comprometedor y difícil, aun para el hombre más sensato, ver á tantas mujeres hermosas llorar en vano á sus pies.

Las mujeres, fuerza es confesarlo, se mostraban en esta ocasión mucho más decididas que los hombres. Ellos fluctuaban entre ideas opuestas, mientras ellas se dejaban llevar por el sentimiento y no vacilaban. Para ellas los partidos eran religiones que profesaban de todo corazón. Las señoras realistas amaban antes de lo de Varennes; después adoraban. Aquella gran falta y aquella gran desgracia eran para ellas un motivo para que aumentase su adoración. La reina había llegado á ser á sus ojos un motivo de idolatría. Lloraban debajo de sus ventanillas, hubieran querido estar encerradas con ella, como madama Lamballe, á quien la reina, á su regreso, la había dado un rizo de sus cabellos con esta divisa: «Encanecidos por la desgracia». La pobre joven, casada en otro tiempo, abandonada por su marido como más adelante por la reina, permanecía atada al peligro, instrumento dócil de las intrigas políticas, víctima predestinada para el odio popular.

Pero también el peligro era el que incitaba á las mujeres. La prueba de ello se vió el primer día que la reina pudo ir al teatro, día de lucha entre los palcos realistas y el patio jacobino. La encantadora Dugazon, en aquel palenque de los partidos, servidora humilde del público y con mucha exposición, se atrevió sin embargo á aprovechar una frase del papel que representaba para dar expansión á los sentimientos de su alma; se adelantó hacia el palco real, convulsa de amor y de audacia, y pronunció estas palabras que poco después podían costarle la vida: «¡Ah! ¡cuánto amo á mi señora!»



CAPITULO XVI

La sociedad en el 91.—El salón de Condorcet.

Dos religiones frente á frente: el ídolo y la idea.—Reinado del sentimiento de las mujeres.—El espíritu de imitación confundido con el ideal.—Tendencias elevadas de las mujeres. Intervienen en la vida política Genlis, Staël, Keralio, Georges, etc.—El salón de madama Condorcet; noble influencia de ésta sobre su marido. Su republicanismismo (Julio 91). Su situación ambigua y contradictoria.

Casi enfrente de las Tullerías, en la orilla opuesta del río, á la vista del pabellón de Flora y del salón realista de madama Lamballe, está el palacio de la Moneda. Allí hubo otro salón, el de Condorcet, llamado por un contemporáneo el foco de la república.

En el salón europeo del ilustre secretario de la Academia de Ciencias, del último de los filósofos, se concentró, efectivamente, desde todos los países del mundo, la idea republicana de la época. Allí fermentó, allí tomó cuerpo y figura y allí encontró sus fórmulas. La iniciativa y la idea primera pertenecía, ya lo hemos dicho, desde el 89 á Camilo Desmoulins.

En Junio del 91, Bonneville y los Cordeleros lanzaron el primer grito. Ahora vamos á ver á madama Roland dotando á la idea republicana de la fuerza moral de su alma estoica y de su encanto apasionado.

No somos de los que exageran la influencia individual. Para nosotros el fondo esencial de la historia está en el pensamiento popular. Sin duda alguna la república flotaba en este pensamiento. Casi todo el mundo la sentía en Francia en estado negativo, bajo esta fórmula: *El rey es ya imposible*. Muchos lo habían dicho ya en forma positiva: *La Francia en adelante debe gobernarse ella misma*. Sin embargo, para que esta idea, general todavía, adquiriera su fórmula especial y aplicable, era preciso que fermentase en un foco reducido, que adquiriera calor y luz, que del choque de las discusiones brotase el rayo.